

La polémica del mentalismo

Andrés Carmona Campo
Filósofo, mago y socio de ARP-SAPC

Se abre el telón. Un hombre aparece en el escenario. Viste de negro, camina despacio y con porte seguro; su cara está seria y su mirada es penetrante. Escudriña a su auditorio con esa mirada penetrante. Enseña un objeto pequeño y suave, un peluche, lo lanza al público de espaldas a él, y girándose pide que quien lo coja lo lance a su vez a otra parte de la sala, y que a quien le caiga lo tire otra vez a otro sitio, y que la tercera persona que lo coja que le ayude. Esa tercera persona es una mujer. Ese hombre le pide amablemente su colaboración desde donde está. Tan solo tiene que pensar en un número, del 1 al 100, el que quiera. Saca una libreta y un lápiz. Garabatea algo en ella, guarda el lápiz, y tapa lo que ha escrito. Pregunta a la mujer qué número ha pensado. *El 48* dice ella. El hombre pone cara de asombro y de satisfacción a la vez, lentamente gira su libreta y ahí está escrito ¡el número 48!

Lo que antecede no es sino una descripción de uno de los múltiples efectos que pueden verse en un espectáculo tradicional de mentalismo. Otros podrían ser los siguientes: romper un vaso de cristal encerrado en una vitrina hermética, hacer caer un bloque de madera estando a varios metros de él, parar las manecillas de un reloj prestado sin tocarlas, o incluso conducir un vehículo con los ojos completamente vendados, arriesgarse a jugar a la ruleta rusa, o adivinar el número ganador de la lotería. Y todo eso utilizando (aparentemente) solo la mente, de ahí que se llame mentalismo.

El mentalismo es una rama de la magia o ilusionismo. Y como toda forma de ilusionismo tiene truco. Porque el ilusionismo consiste en eso: en usar trucos (desconocidos por el público) para provocar ilusiones; esto es, para que al público que lo observa y participa le parezca que está presenciando y experimentando fenómenos sorprendentes, inexplicables... ¡mágicos! Fenómenos o efectos que perderían toda su magia e ilusión si se conociera el truco que los hace posibles. De ahí que la magia o ilusionismo consista en una suerte de colaboración entre ilusionista y público, por la que el mago realiza sus juegos con la suficiente habilidad y

psicología como para que el público no perciba dónde está el truco ni cuándo ni cómo se realizó, y el público a su vez se deje llevar por el mago para experimentar esa magia de lo aparentemente inexplicable y disfrutar de ella (como cuando al ver una película de terror nos dejamos llevar por los efectos especiales —aunque sabemos que los hay— y las dotes interpretativas de los actores para poder experimentar el suspense y el miedo). En el caso del mentalismo se trata de una rama de la magia en la que los efectos que se realizan tienen en común entre ellos (y es lo que los distingue de los de otras ramas de la magia) que se presentan *como si* fueran efectos producidos por supuestos “poderes mentales” del mentalista.

Así entendido, el mentalismo no es una pseudociencia, ni un timo, ni un fraude, ni una farsa: es un arte escénico que proporciona entretenimiento y fascinación, diversión y asombro. Pero las técnicas del mentalismo también pueden utilizarse de formas más deshonestas, y ahí es cuando se convierte o es usado en lo que no es: como una forma de engaño y estafa. Esto ocurre cuando en un escenario o fuera de él, un mentalista con poca ética y mucha cara dura, no solo realiza los efectos propios del mentalismo, sino que además afirma con contundencia y total seriedad que esos efectos que él produce no solo no se deben a ningún tipo de truco o ardid, sino que son fenómenos completamente auténticos, y que no hay más que lo que se ve; es decir, cuando afirma que realmente tiene poderes mentales con los que es capaz de leer la mente de otras personas, mover objetos a distancia, predecir el futuro, etc. Cuando alguien hace esto, se sale del legítimo ámbito del espectáculo y el arte, y se pasa al lado de la superchería, la charlatanería y el mal gusto. Entonces ya no es correcto llamarlo mentalista, sino más bien como ellos prefieren llamarse (sobre todo en el ámbito anglosajón): psíquicos. Por lo tanto, **un psíquico es alguien que afirma tener auténticos poderes mentales aunque, en la realidad, todo lo que hace es mediante trucos de mentalismo.**

Afortunadamente, no todos los mentalistas hacen esto ni mucho menos. La gran mayoría son gente honrada, que co-



noce y ama a su arte, y no lo desprestigia de este modo. Es más, la mayoría de mentalistas se incomodan con los psíquicos. Y es que los psíquicos son a los mentalistas como los tahúres a los cartomagos (los cartomagos hacen magia con las cartas de la baraja, mientras que los tahúres usan sus trucos para hacer trampas en las partidas reales de cartas), o como la parapsicología a la psicología, o el curanderismo a la medicina. De hecho, no pocos magos denuncian públicamente y se enfrentan a los psíquicos. Uno de los casos más conocidos y recientes es el del mago y escéptico James Randi, quien en los años 70 del siglo pasado se enfrentó al más famoso de los mentalistas deshonestos y sin escrúpulos, a Uri Geller, demostrando que los supuestos poderes mentales de los que presumía y que le habían hecho (rico y) famoso, no eran sino trucos propios de los magos mentalistas. Unos años más atrás, el famoso mago y escapista Harry Houdini había hecho algo similar con otro psíquico, con el Uri Geller español de su época: Joaquín María Argamasilla de la Cerda y Elio, que presumía de tener auténtica visión de rayos-X (esto es, ver a través de objetos opacos).

Hay una cuestión que llama la atención en todo esto. Si todo el mundo sabe, tanto magos como profanos, que la magia se basa en trucos muy bien hechos, y admira el arte de poder hacerlos con esa belleza artística, ¿por qué, sin embargo, hay magos-mentalistas que dejan de lado la ética de este arte y se hacen pasar por psíquicos, y gente dispuesta a creerles y dejarse engatusar (y a veces desplumar) por ellos? Si todo el mundo disfruta cuando ve al mago partir en dos a su

ayudante *partenaire*, o cuando hace aparecer una paloma de la nada, aún sabiendo que hay truco, y sin que ningún mago pretenda ni por asomo hacer creer que no lo hay (ningún mago pretende hacer creer que la mujer estuvo *realmente* cortada en dos o que la paloma se materializó *de verdad* de la nada absoluta), ¿cómo es que hay mentalistas que dan el salto a psíquicos, y personas que se lo creen, es decir, que creen que de verdad les han leído su mente o que de verdad han presenciado telepatía o telequinesis?

Eso se debe a que la Psicología científica y sus avances todavía no están generalizados en el conocimiento popular. Hoy día, prácticamente todo el mundo conoce los rudimentos más básicos y fundamentales de la física, gracias a los sistemas formales de enseñanza, y sabe lo suficiente para entender que un objeto o persona no puede materializarse ni desmaterializarse así como así, ni puede atravesarse la materia, ni se puede levitar contrariando las leyes de la gravedad. Es por eso que cuando asistimos a un espectáculo de ilusionismo sabemos que es eso, ilusión, y que el mago que hace aparecer y desaparecer diversos objetos (pañuelos, velas, bastones...), o los atraviesa (el clásico juego de los aros chinos) o los hace volar (el clásico también de la “bola zombie”), que en realidad está usando trucos, habilidad y psicología para que nos parezca que eso es lo que ocurre, y eso es lo que nos fascina al verlo. Sin embargo, esto no era así antiguamente. Hace siglos, cuando la física estaba estancada o incluso atrasada por los dogmas religiosos y la superstición, sí que era posible que el común de las personas considerara como real que pudieran ocurrir cosas como las mencionadas de apariciones y desapariciones de objetos o personas, levitaciones, etc. En la Edad Media, por ejemplo, los magos no *ilusionaban* con sus juegos de magia sino que podían *engañar* realmente y hacer creer que lo que hacían era auténtico (y de paso, aterrorizar a quienes les veían y aprovecharse de ellos gracias a sus “poderes mágicos”). De hecho, sabemos de magos que tuvieron que explicar sus trucos a la Inquisición para evitar que les condenasen por brujería, hechicería, pactos con el diablo y otros cargos similares que en esa época podían acarrear la tortura o incluso la muerte en la hoguera. Hoy día ambas cosas son imposibles: tanto que te puedan quemar en la hoguera por brujería como que alguien pueda creer que lo que ve en un espectáculo de magia es auténtico (aunque es más fácil que vuelva a ocurrir lo primero a lo segundo, si el fundamentalismo religioso y el fanatismo siguen extendiéndose como lo están haciendo).

Sin embargo, todo lo relativo a la psicología y especialmente a la mente, la conciencia, los procesos psicológicos, cognitivos y volitivos del ser humano, todavía no está suficientemente difundido ni generalizado entre toda la población: los conocimientos y avances de la Psicología científica todavía están bastante enclaustrados entre los profesionales de la Psicología y el saber popular sobre todas estas cuestiones es aún bastante vago, ambiguo y está muy cargado de mitos, medias verdades y también mentiras puras y duras, a lo que también ha contribuido bastante todo lo relativo a la psicología de autoayuda, el psicoanálisis, la parapsicología, etc. De modo que la persona de la calle no tiene conocimientos ni criterios suficientes ni fiables para distinguir lo que sobre la psicología, la mente, el cerebro, etc., es fidedigno y conforme al método científico, y lo que no es más que cháchara barata, leyendas urbanas o pura falsedad. Así, por

ejemplo, todavía es muy común que haya quien crea y difunda el mito del 10% (que solo usamos el 10% de nuestro cerebro) y que al creer en esto crea también que es posible leer la mente, transmitir telepáticamente el pensamiento o doblar cucharas de forma telequinética para quien sea capaz de usar ese otro 90% que parece estar ahí a ver quién se acuerda de él y le hace caso. Y es de este desconocimiento generalizado sobre la verdadera Psicología y las auténticas capacidades psicológicas del ser humano de lo que se aprovechan y de lo que se nutren los psíquicos (así como la parapsicología y otras pseudociencias y supercherías). El mentalismo también se aprovecha de todo esto, pero de una forma totalmente distinta y legítima: lo utiliza para crear una atmósfera adecuada para producir sus ilusiones y que el público disfrute, de la misma forma que las novelas o películas de terror o ciencia-ficción también recurren a ambientaciones ficticias para crear el contexto adecuado o atmósfera necesaria para que podamos disfrutar de la novela o película en cuestión. La diferencia está en que ni esas películas o novelas, ni los mentalistas, pretenden que nos creamos esa atmósfera, solo que nos sumerjamos momentáneamente en ella para disfrutar de lo que nos ofrecen, mientras que los psíquicos, parapsicólogos y similares van un paso *más allá* queriendo hacernos creer, y así cruzan la frontera que separa lo legítimo de lo fraudulento, dejando su honestidad en el *más acá*.

Toda esta confusión entre el mentalismo y los psíquicos y la parapsicología, etc., es lo que ha hecho que algunos men-

talistas incluso prefieran abandonar la palabra mentalista por esas denotaciones paranormales que puede tener, y llamarse magos de la mente. Sin embargo, y por otra parte, hay mentalistas que se niegan a abandonar el término precisamente para no dejarlo exclusivamente en manos de los psíquicos, y porque de hecho los psíquicos prefieren que no se les llame mentalistas ni mucho menos magos ¡porque si no se les vería el plumero más fácilmente!

Afortunadamente, el mentalismo, como la magia en general, también evoluciona, y cada vez es menos habitual ver espectáculos de mentalismo que hagan referencia a lo esotérico o paranormal, y actualmente las presentaciones de este tipo de ilusionismo se acercan más a la llamada magia mental, hacer magia con el pensamiento de la gente. Aunque se siguen usando trucos en tanto que magia que es, la presentación de la que se recubre rehúye de lo sobrenatural y parapsicológico, y se acerca más a la magia más clásica y además más graciosa y entretenida: efectos mágicos e inexplicables pero donde ya no se oye nada relativo al 10% del cerebro, telepatía, telequinesis, etc. Estamos hablando del mentalismo que más triunfa hoy día y que es el de Derren Brown, Banachek o Marc Salem, y en nuestro país, Manolo Talman, Luis Pardo o César Vinuesa. Y a que todo este cambio de imagen del mentalismo y de denuncia de los psíquicos esté llegando a todo el mundo, también han contribuido series de televisión que muestran el auténtico mentalismo enfrentado a lo paranormal, como pueden ser *El Mentalista* o *Psych*.

Carátulas promocionales de las series de televisión *The Mentalist* (CBS tv) y *Psych* (Universal Studios).

